

Queridos amigos de Óscar Romero.

El gran teólogo latinoamericano Gustavo Gutiérrez, dijo una vez que si Jesucristo, la Palabra hecha carne, era la homilía de Dios Padre; entonces el arzobispo Romero podría ser descrito como la homilía de Jesús, su Hijo, a quien siguió con fidelidad y valentía.

Me gustaría agregar que el difunto Monseñor Ricardo Urioste y la doctora María Julia Hernández, ambos de feliz memoria; junto a nuestro cardenal Gregorio Rosa Chávez, quien está hoy aquí con nosotros; y también con el devoto postulador de Romero, Monseñor Rafael Urrutia; y mi gran amigo, el jesuita Jon Sobrino, cada uno de ellos, debe ser descrito de forma similar, como la homilía y el eco de este gran santo contemporáneo, Óscar Romero.

Cada uno de ellos ha comunicado obstinadamente el ministerio y el martirio de Romero, sus palabras y su legado, a la Iglesia y al mundo, durante 38 largos y difíciles años.

La que podríamos llamar Romero-fobia tomó la delantera durante mucho tiempo. Por lo tanto, es apropiado que, en la canonización de Romero, aquí en Roma, les rendindamos un más que merecido homenaje. A ellos debemos una colosal deuda de gratitud.

A partir de 1977, Romero fue conocido como la voz de los pobres sin voz.

Él quería que la Iglesia expresara el sufrimiento y la desesperación, el hambre de pan y la sed de justicia de tantos de su pueblo que no tenían voz.

Por lo tanto, semana tras semana, después de una contemplación orante, con un discernimiento fenomenal, con sabiduría pastoral y, sobre todo, con coraje apostólico, este obispo, este instrumento de Dios, habló sobre la verdad sin adornos, en una tierra de encubrimiento y mentira.

No hubo ni exageración, ni populismo, ni agenda oculta. Sus palabras fueron una auténtica comunicación cristiana. Y al decir esa verdad con integridad desde el púlpito, desde su cátedra, a través de su estación de radio y su periódico, dio esperanza a su gente.

Esta forma de comunicar le valió a Romero una enorme credibilidad en todo el mundo, su mensaje fue difundido través de distintos medios internacionales, dando testimonio de la opresión y la violencia que estaba experimentando su pueblo y que fue documentada por su arquidiócesis.

Con masacres y desapariciones, con seis sacerdotes y docenas de catequistas laicos asesinados, iglesias ocupadas como cuarteles militares, y tabernáculos destrozados, fue llevado a describir a su país católico, El Salvador, que lleva el nombre de Cristo Salvador, como “parecido a los dominios del infierno”.

Por eso lo mataron: porque habló la verdad sin matices, sin tener en cuenta las amenazas a su vida, tanto de la derecha como de la izquierda política. Es importante recordar que, paradójicamente, Oscar Romero fue asesinado "in odium fidei", por odio a la fe, por católicos.

Romero es un mártir de la opción por los pobres, un mártir de todo el Magisterio de la Iglesia; pero de una manera muy especial, él es un mártir de las comunicaciones sociales auténticas de la Iglesia; y un santo patrono digno y muy apropiado para SIGNIS.

A lo largo de su vida sacerdotal, Romero adoptó un estilo de vida simple y frugal; estaba cerca de la gente; era un hombre devoto y culto, con una maravillosa capacidad para escribir y usar el micrófono, y con un talento espectacular como predicador.

Técnicamente no era un periodista, pero era un gran comunicador, lo cual era evidente incluso en sus bellas cartas de la década de 1930, cuando se formaba en el seminario Pio Latino, en Roma.

Durante su magisterio, se convirtió en Director de tres periódicos de la Iglesia. Primero en San Miguel, donde desde 1945 hasta 1967 estuvo a cargo de 'El Chaparrastique', el periódico diocesano; luego, en San Salvador, fue nombrado Editor de "Orientación", el semanario arquidiocesano; y en Santiago de María, ya como Obispo, fundó "El Apóstol", como periódico de su diócesis.

Era un verdadero creyente en los medios, a los que consideraba "Voz de la Iglesia", una voz que comunica y aclara la doctrina y las prácticas de la Iglesia, transmite noticias y fomenta la religiosidad popular.

Y, de hecho, ¡eliminó a los columnistas que querían abordar los grandes problemas sociales del campo! Pero al convertirse en arzobispo, se transformó su acercamiento a los medios de comunicación de la Iglesia, coincidiendo con su nueva comprensión de la evangelización, obtenida de *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, y reflejando su enfoque personal de la espiritualidad.

Precisamente, la espiritualidad de Romero evolucionó gradualmente a partir de una espiritualidad que equipara la santidad con la perfección y la rígida observancia de las prácticas espirituales y ascéticas; a una búsqueda dinámica, fiel y devota de lo que Dios realmente le estaba pidiendo; y gradualmente comenzó a identificar al Dios de Jesús que vivía en las personas que sufren en El Salvador.

Dadas las circunstancias que encontró en su Archidiócesis en 1977, y su decisión de ver las cosas como lo haría Jesús de Nazaret, puso sus grandes capacidades para utilizar los medios de comunicación al servicio de su misión pastoral.

El arzobispo Romero provocó una feroz oposición de los medios tradicionales propiedad y al servicio de los sectores económicos privilegiados. Fue, por un lado, un pastor decidido a anclar la Palabra de Dios en la realidad que su pueblo vivía, y dispuesto a denunciar a quienes habían abandonado su fe en Jesucristo y su deber de comunicar noticias verdaderas, optando por la defensa de privilegios injustos.

La ironía perversa fue que mientras él rechazó la violencia, ya sea para mantener o derribar estructuras de injusticia, fue etiquetado como una fuente de conflicto.

El episodio de la Misa Única, en marzo de 1977, en respuesta al asesinato de Rutilio Grande, provocó la ira de las clases dominantes y se volvieron completamente en contra de a quien habían imaginado era su "pequeño obispo subordinado".

Pero esta acción profética de Romero y su posterior boicot a la toma de gobierno presidencial, significaron una acción comunicativa altamente efectiva.

Su mensaje fue que la comunión nacional se había roto con el asesinato de un sacerdote por parte de un escuadrón de la muerte y, para restablecer la comunión, debía levantarse la impunidad ante este crimen.

Romero se convirtió en la brújula moral de la nación, y para la prensa internacional, el "árbitro" de la vida nacional. Se había ganado su confianza.

Ayudé al arzobispo Romero a preparar su conferencia de prensa con los medios internacionales en Puebla, México, en 1979. Estaba muy nervioso, pero se desenvolvió brillantemente y recibió una ovación de parte de la sala de prensa, un gesto que reforzó su compromiso.

En El Salvador, la prensa oligárquica eliminó las noticias sobre Romero. Las declaraciones y columnas; y casi todas las referencias a la Iglesia, contenían información tendenciosa y calumnias.

Insultaron sin piedad a Romero y lo vilipendiaron con artículos de odio, etiquetándolo como comunista, guerrillero, títere y agente de Satanás.

Los medios tradicionales se convirtieron en una zona carente de ética, un área prohibida para la moral. Podemos pensar que las "noticias falsas" son un fenómeno de la era Trump, pero ya estaba ahí, con gran auge, en los medios de comunicación salvadoreños de los años setenta.

Organizaciones "fantasma", grupos católicos ficticios, colocaron anuncios atacando la ortodoxia de Romero y su ministerio. El diálogo entre el arzobispo y la prensa fue constante e intenso. Romero usó palabras ásperas, que es posible leer en sus homilias, - en esta "prensa servil y engañosa", dijo, había "lenguas alimentadas con mentiras" y "bolígrafos en venta".

La más impactante y repugnante de todas las manifestaciones de odio apareció en las redes sociales anteriores a Twitter, en forma de calcomanías de coches, con el mensaje "Sé un patriota: mata a un sacerdote".

Se puede argumentar que los medios de comunicación tradicionales salvadoreños abonaron al asesinato de Romero, al crear las condiciones, en la atmósfera frenética que condujo a la guerra civil, donde tal magnicidio se volvió concebible y factible, y al final sabemos cómo terminó esta historia: con la celebración con fuegos artificiales y champán en los barrios ricos de la capital.

Las comunidades cristianas en América Latina inmediatamente canonizaron a Romero en sus corazones, como San Romero de América. Pero, como nos lo ha recordado don Gregorio, ahora se convertirá en San Romero del Mundo.

Él será canonizado aquí el domingo como santo de la Iglesia universal, modelo de cristiano y obispo en la opción preferencial por los pobres. Sus palabras y sus obras, sus homilias y sus comunicaciones sociales, coronadas por su martirio, ya están inspirando a la Iglesia en todo el mundo.

Sus palabras, a veces perturbadoras, son un verdadero desafío para obispos, sacerdotes y laicos por igual.

Es un desafío luchar por la santidad y, al hacerlo, pedir a Dios, a través de la intercesión de Óscar Romero, que se nos otorgue el coraje apostólico necesario, que escuchemos atentamente a los pobres, que busquemos justicia para los excluidos; y decir la verdad de nuestra condición, incluso cuando somos criticados e insultados como ingenuos e ignorantes que hacen el bien.

Romero dijo: "Seríamos falsos en nuestra misión como pastores, si tuviéramos que reducir la evangelización a meras prácticas de piedad y sacramentalismo desencarnado".

Creo que el Papa Francisco está diciendo lo mismo. ¡El desafío para los medios cristianos ahora es evitar la tentación de presentar a un Romero descafeinado, un hombre carismático y orante que fue alcanzado por la bala de un pistolero loco mientras celebraba la Misa! No, el arzobispo Romero fue asesinado en un intento deliberado y planeado para silenciar la voz de la verdad en una sociedad alimentada con una dieta de distorsiones y mentiras.

La voz de los sin voz fue asesinada en el altar. Al final fue ejecutado como Jesús de Nazaret. Así que por favor cuenten la historia como realmente fue. La piedra que los constructores rechazaron, se ha convertido en la piedra angular.

San Oscar Romero, ¡Presente!